

LOS SEÑORES DE LAS GUATILAS

Camilo Andrés Sanabria Álvarez¹

Un día llegaron a Calandaima, la hacienda que papá administraba, dos misteriosos hombres elegantemente vestidos. Sus siluetas se dibujaron en el portón de la entrada como la sombra de dos aves negras.

Aunque su aparición no presagiaba nada bueno, pues últimamente se respiraban aires de incertidumbre política, era innegable lo simpático de aquellas vestimentas tan ajenas a las faenas diarias de los campesinos del páramo. Traían ambos puestos sombrero, unos trajes de paño confeccionados por algún sastre de renombre de la capital compuestos por abrigo, chaleco, pantalón, corbatín y unos fulgurantes zapatos que quien sabe cuántos jornales podían valer. El primero lucía su traje negro; el segundo se pavoneaba con cautela para no embarrar su traje blanco. Los dos con bigote, parecían una versión cachaca del doctor José Gregorio Hernández, con la contrariedad de que no venían en son de cura y salud como el ídolo venezolano, sino con un aura de maliciosa elegancia.

Yo observaba a los dos hombres desde el cultivo de hortalizas que papá me tenía arreglando. Cuando mamá los vio desde la ventana de la cocina, soltó inmediatamente la olleta de “aguapanela” que nos iba a servir, dejó el reguero tirado y nos llamó a mí y a mis hermanos con el sigilo de su seña de susto. Nos indicó con la mano que la siguiéramos sin hacer ruido.

Bajamos la loma, cruzamos los cafetales y luego seguimos un surco inconcluso que llevaba a los cultivos de guatila. Margot y Magdalena, mis hermanas menores, empezaron a llorar ante la incertidumbre



y el pánico evidente en los ojos de mamá. Pablo y Maximiliano, menores también, tenían los ojos como chivo ahorcado por el susto. Todos nos mirábamos entre sí como anhelando una explicación.

- Escóndanse aquí mientras tanto – nos dijo mamá.
- ¿Pero, por qué... - alcancé a preguntar.
- ¡Haga caso gran verriondo, y ya! – contestó tajantemente mamá apretando los puños.

Entonces nos acostamos en el suelo y el tiempo se volvió relativo: minutos que parecieron horas. Tuve que entretener a Margot y a Magdalena con un pedazo de cuajada con melao; sabía que esa mezcla era infalible para distraerlas. Pablo y Maxi-

1 Maestro en artes plásticas, Egresado de la Universidad del Atlántico (Barranquilla). @camsanabria

miliano se juntaron con nosotros como cachorros buscando calor, y sus miradas me exigían seguridad por ser el hermano mayor. Nos pusimos a ver las formas y efectos que la luz producía cuando pasaba a través de las hojas de las guatilas: animales, objetos, letras, rostros y un sinfín de figuras iban siendo descifradas por cada uno.

Entonces escuchamos un fuerte graznido, tan terrorífico que automáticamente salimos a correr nuevamente hacia la casa. Cuando íbamos llegando, caímos en cuenta que el plan inicial era no ser vistos por los extraños hombres, así que nos dirigimos hacia unos arbustos desde donde podríamos observar sin ser descubiertos. Nos acurrucamos y, luego de unos segundos, fuimos testigos de aquel macabro concierto.

Los dos hombres estaban parados frente a papá y mamá y se transformaron en unos pájaros que parecían cuervos, pero conservaban sus trajes impecables. La neblina empezó a descender de las montañas y de repente todo quedó en un misterioso silencio. Mis hermanos y yo tiritábamos de frío, pero era tal la estupefacción producida por este suceso, que no nos importaba escuchar el tintineo de nuestros propios dientes con tal de ver lo que pasaba.

Papá y mamá no se inmutaron ante la transformación de los hombres, como si ya supieran de esos poderes, pero si pudimos notar su asombro cuando los pájaros empezaron a cantar. Era una tonada alegre, pero de letra triste. Hablaba de un hombre que había preferido abandonar la tierra en la que trabajaba, pues una banda andaba cazando a todos aquellos que no coincidieran

con sus intereses políticos, como si fueran una inquisición a la que no se le escaparía ningún hereje de aquellas chusmas liberales que contradecían los objetivos conservadores que se llevarían a cabo en la región. La dicción de los pájaros era muy clara y, aunque la música se había detenido, seguían cantando a capela y tan solo necesitaban chasquear sus dedos para no perder el ritmo.

- ¡Por mis hijos lo que sea, malditos pájaros godos! – les gritó papá a los hombres mientras abrazaba a nuestra desconsolada mamá.

- Eso lo decide usted don Lucio – repitieron al unísono las aves con total serenidad y dando por terminada la canción.

Luego hubo otro silencio y la neblina empezó a disiparse. Entonces los pájaros volvieron a ser los hombres elegantes de antes, se sacudieron algunas plumas y tomaron el camino de trocha hacia las veredas y haciendas de más abajo.

Salimos corriendo a abrazar a papá y a mamá, que en ese momento eran un dupla de impotencia y vimos como los hombres desaparecían con su fino andar. Dicen que los escucharon cantar en Viotá, Cumaca, Tibacuy, en Bateas, que sus pulmones tuvieron aire para llegar al Tolima Grande, al altiplano cundiboyacense, los llanos y muchas otras regiones del país donde muchas familias tuvieron que aceptar a las malas su canción.

Ahora las hojas de guatila son solo un recuerdo.